

www.elboomeran.com

Juan Villoro

Arrecife



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Red Circle Images RM / www.fotosearch.es

Primera edición: abril 2012

© Juan Villoro, 2012
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7235-4
Depósito Legal: B. 53-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Algún día encontraré una tierra corrompida hasta la ignominia, donde los niños desfallezcan por falta de leche, una tierra de desdicha e inocente y gritaré: «Me quedaré aquí hasta que éste sea un buen lugar por obra mía.»

MALCOLM LOWRY

Pasé la primera parte de mi vida tratando de despertarme y la segunda tratando de dormirme.
Me pregunto si habrá una tercera parte.

–Vete –dijo Sandra, pero dejó la puerta abierta.

Un reflejo paranoico me hizo sospechar de ella. Sin embargo, mi excitación era más fuerte que mi necesidad de estar a salvo.

Empujé la puerta.

Su habitación me pareció dos veces más grande que la mía. Pasé por una sala de estar, siguiendo el ruido del televisor en su recámara. Escuché jadeos. ¿Sandra tenía acceso a un canal porno?

La última luz de la tarde rayaba las paredes con un resplandor violáceo. Desvié la vista a la pantalla. Sandra había sintonizado un programa de cirugías plásticas. Busqué el control remoto.

–¡No lo apagues! –gritó ella desde el baño.

Un médico sostenía unos implantes con cautela, como si fuesen gelatinas sagradas. Mientras tanto, hablaba de «naturalidad» y «confianza».

–¿Te gusta ver esto? –pregunté hacia la puerta.

–Me relaja –contestó al salir del baño.

Se había puesto una bata de toalla. El logotipo de La Pirámide –las cuatro direcciones del cielo– destacaba en su pecho izquierdo.

Un resplandor rojizo salía de la pantalla, cubriendo los muros. ¿Eso calmaba a Sandra? Le gustaba ver cuerpos martirizados por el bisturí después de pasar ocho horas en el salón donde enseñaba una mezcla de yoga y artes marciales.

Contemplé sus pies, lastimados por el ejercicio. El sol, ya débil, aún servía para molestar a alguien que había bebido cinco vodkas con jugo de piña.

—Apaga el aire —pidió Sandra.

Me gustó que dijera eso. Suspender el aire acondicionado creaba un extraño aislamiento.

Sandra llevó la mano al cinturón de su bata y la detuvo ahí, como una especialista en la posposición.

Esa mañana amanecí con más posibilidades de luchar contra una mantarraya que de entrar en esa recámara. Pero algo cambió a media tarde. Tal vez fue el vodka, tal vez una canción horrenda que de pronto me pareció gloriosa: *Feelings*.

Sandra y yo nos conocíamos desde hacía un año pero bebíamos juntos por primera vez. Ella pidió un martini y se quejó de su trabajo. Con el segundo martini recordó un empleo peor: durante años había bailado en una jaula, en una discoteca de Kukulcán. Al tercer martini dijo:

—Tócame con tu dedo.

Mi «dedo» es un muñón. Perdí una falangeta con la explosión de un cohete.

—Los mutilados conservan la sensibilidad de los miembros que pierden. Mi padre perdió la mano en Corea. ¿Puedes sentirme con tu dedo? —preguntó, acercando su rostro.

Recordé la primera escena erótica que me cautivó en una película. Charlton Heston era el Cid y había dormido con Sofía Loren. Al despertar, ella recorría la frente y la

nariz del héroe con un dedo esbelto. Esa caricia me pareció insuperable a los doce años: el dedo de Sofía se deslizaba sobre el Cid como si lo dibujara.

Cuarenta años después una mujer me pedía que le «tocara» el rostro con la falange que perdí.

No había nadie más en el Bar Canario. Las sillas vacías perfeccionaban nuestra intimidad.

–¿Me sientes? –preguntó.

–Vamos a tu cuarto.

–¿Qué sientes?

–Te lo digo arriba.

–¿Arriba de mí? –sonrió.

Se recargó en el respaldo de su asiento, mordiéndose una uña, y recitó uno de los molestos lemas morales que había aprendido en su natal Iowa:

–*Don't shit where you eat.*

Le recordé que no trabajábamos juntos. *Vivíamos* en La Pirámide: el *resort* representaba La Ciudad. Estábamos aislados, al margen. Más allá de nuestros límites la vida se registraba con radares.

El azar vino en mi ayuda. Juliancito, barman maya de 1,50 de estatura que preparaba tragos montado en un banquito, intuyó que yo quería oír la misma pieza, una y otra vez. *Feelings* volvió a sonar.

Hay canciones cuyo descaro sentimental define las inconfesables emociones de una época. Lo que sentías y no te atreviste a decir cristaliza ahí. El veneno que repudiaste cuando fue actual regresa como el maravilloso azúcar de los días perdidos.

En mis tiempos de bajista de hotel toqué incontables veces esa mermelada. Me faltaba medio dedo y mucho talento para ser Jaco Pastorius y había perdido numerosas batallas en nombre del *heavy-metal*; acepté el repertorio de

músico de centro nocturno como quien repite la tabla periódica de los elementos: tocaba *Feelings* con la neutralidad con que alguna vez memoricé la valencia química del cloro.

Esa tarde, en La Pirámide, la melodía llegó por su venganza. Cuando *Feelings* estaba de moda, yo aún podía arriesgarme a arruinar mi vida. Tal vez fue eso lo que me golpeó: recordarme como alguien que todavía tiene el desastre por delante.

—¿Es tu canción? —me preguntó Sandra.

—¿Te parece raro?

—No sabía que fueras sentimental.

—No soy sentimental. Tampoco me gusta el jugo de piña pero lo estoy bebiendo. Hay molestias que ayudan a acabar con un día desagradable.

Sandra pidió otro martini y se interesó en mi día desagradable.

Describí la sonorización del acuario. Mi amigo Mario Müller me había inventado un trabajo peculiar: musicalizar peces. Colocaba sensores bajo la arena del acuario para transformar sus desplazamientos en sonidos. Las armonías relajaban a los huéspedes, pero alteraban a los peces.

En noches de luna llena, los peces se ponían especialmente nerviosos. De nada servía rociar el agua con un calmante que les entraba por las branquias.

—Eres siquiatra de peces —Sandra mostró sus enormes dientes blancos.

No me gustan los acorazados dientes de las gringas. Pero hay temas que mejoran con el vodka: el jugo de piña, la sonrisa de Sandra.

—Tus animales son neuróticos —me dijo—, los míos sólo son animales. Al final del día, lo que más me duele son las mejillas. Sonreír tantas horas está cañón.

Sandra llevaba veinte años en México. No había perdi-

do su acento, pero hablaba español con más fluidez que los empleados mayas y usaba más giros coloquiales que yo, ex músico de rock que había renegado de la contracultura, esa pomposa manera de convertir la rebeldía en un sistema de quejas más o menos rentable. Al colgar el bajo eléctrico juré que me suicidaría antes de volver a decir «nel pastel».

—¿No puedes trabajar sin sonreír? —le pregunté.

—El ejercicio es un dolor alegre. Enseño yoga ashtanga, kung-fu tibetano, *dance contact*. Todo eso tiene una cosa en común: la instructora debe sonreír. ¿Qué te pasó en el dedo?

Le conté que a los dieciséis años me estalló un cohete triangular. Salpiqué a una chica con mi sangre. He olvidado su nombre, pero ante Sandra la llamé Rebeca. Ella dejó que la sangre escurriera por sus mejillas, no se limpió, absorta ante mi herida, ante ese accidente que era yo. Sostuve el cohete para lucirme con ella. Sandra hacía yoga: merecía una explicación compleja.

La verdad es que en el momento del estallido sólo pensé que el cohete valía una fortuna: cinco pesos desperdiciados.

—¿El cohete era una *paloma*? —preguntó ella, con su gusto por las expresiones vernáculas.

—Sí.

—Estás cabrón, güey.

Odio los coloquialismos como sólo puede hacerlo alguien que los usó hasta volverlos intravenosos. No quería ser «güey» ni «cabrón» para Sandra, aunque a los cincuenta y tres me resultaba difícil ser otra cosa para una mujer de treinta y siete.

—¿Y lo de la pierna? —preguntó.

Se refería a mi cojera.

—Me atropelló un coche —dije, sin ganas de explayarme en esa herida.

—¿Antes o después de la explosión?

—Antes.

—¿Ya cojeabas cuando te volaste el dedo? —sus ojos se abrillantaron—. Eres sentimental —dictaminó—. No me lo imaginaba.

Sandra interpretó mi conducta del siguiente modo: me arriesgué a hacerme daño cuando ya me había hecho daño. No le parecí autodestructivo sino sentimental. Rebeca se había salpicado con mi sangre. Eso explicaba *Feelings*.

Resultaba insólito hablar del pasado en La Pirámide. Todos estábamos ahí porque algo se había jodido en otra parte. Una de las más agradables convenciones del hotel era que nadie sentía curiosidad por la vida anterior. Sandra rompía el protocolo; se interesaba en lo que yo había dejado de ser.

Sólo entonces advertí que estábamos ligando.

—¿Sientes algo en el dedo? —volvió al tema.

Me contó que sus sesiones comenzaban con diez «saludos al sol». El clima del Caribe se había estropeado, pero no lo suficiente para mi gusto. El sol me sobraba siempre. No dije nada y la oí hablar de dinámicas de relajación. Dijo estar harta de cuerpos perfeccionados por el ejercicio. Mis lastimaduras le interesaron como si mi cuerpo se expresara en otro idioma, el francés de las heridas.

No contesté a su pregunta sobre la sensibilidad de mi dedo. Entonces ella habló de su pasado. Llegó al Caribe a los diecisiete años, en compañía de un veterano de la guerra de Vietnam que despertaba con terrores nocturnos. Acamparon en playas desiertas y fumaron marihuana hasta que a él le dio un derrame cerebral:

—Regresó a Estados Unidos en una bolsa. Pensó que así volvería de Saigón, no de México.

Sandra se quedó en la costa y pasó por una época que

llamaba «mi miseria». Conoció todas las discotecas, usando una camiseta que decía *Too drunk to fuck* y que no surtió gran efecto. Se regeneró con una extraña forma del sufrimiento, bailando en una jaula. Fue como cumplir una sentencia penal. Finalmente descubrió la sobriedad, el ejercicio, el dinero seguro, la vida en los hoteles. La Pirámide había sido su mejor trabajo.

Siempre pensé que el yoga era lo que los grupos de rock hacían cuando el éxito los aburría. Sandra usaba técnicas de una complejidad desconocida para mí: lograba que los turistas controlaran su agresión y que los actores que tenían problemas para establecer contacto visceral con sus emociones la simularan.

—Pero estás cansada de sonreír —comenté para recordarle que necesitaba un remedio.

Sandra me gustaba, pero no tanto como la situación que habíamos creado. Acercó su mano y «tocó» la parte inexistente de mi dedo.

—¿Me sientes?

—Sí —mentí.

—Tócame tú —extendió la palma de su mano.

Nuestro primer contacto físico fue esa quiromancia. Recorrí su palma sin tocarla. Casi no tenía líneas. Su piel parecía recién hecha. Le mostré mis palmas, llenas de líneas.

—Tus manos son como el mapa del D. F. —dijo—; las mías, como el mapa de Iowa.

Tomó mi dedo y «chupó» la falange que me falta:

—¿Qué sientes?

—Vamos a tu cuarto.

No quería ir al mío porque los libros inquietaban el ambiente. En La Pirámide, ciudadela donde las camas se tendían con rigor quirúrgico, un cuarto como el mío sugería una existencia rara: un guionista que se alejó para adap-

tar una novela incomprensible, un lector maniático en un sitio donde los demás sólo leen etiquetas de bronceadores, un profesor alérgico al aire libre, un perturbado que aguarda su momento.

–Seamos razonables –dijo Sandra.

–Sentí algo muy especial –la frase era cierta, aunque no se refería a mi dedo.

–Chupé aire, pero fue algo distinto –concedió ella.

Pidió la cuenta e insistió en pagar. Quería zanjar la despedida en forma generosa: sus billetes susurraban con amabilidad que yo no llegaría a su cama.

–Me gustó hablar contigo –se puso de pie.

La seguí maquinalmente.

Subimos juntos al elevador. Su cuarto estaba en el quinto piso, el mío en el séptimo. Ella sólo pulsó el número 5. Buena señal. Traté de besarla.

–*You better don't* –se resistió.

Aprecié que me rechazara en inglés, su idioma verdadero.

La seguí hasta su habitación. Fue entonces cuando dijo: «Vete.»

Pero dejó la puerta abierta.

Ahora ella estaba en su cama, a punto de zafar el cinturón de la bata.

–Tengo una fantasía –dijo.

Sentí una felicidad primaria, absoluta, inmerecida, perfecta. Sandra era una norteamericana que no quería mezclar el trabajo con el placer. Pero tenía una fantasía.

–Sube el volumen de la tele –pidió.

Obedecí mientras ella se quitaba la bata. Se acostó boca abajo, completamente desnuda.

–Tócame con tu dedo. Nada más. No quiero otra cosa.
¿Estás de acuerdo? Quiero que me sientas.

A veces percibo cierta electricidad en mi muñón. Me molestó su tono contractual, pero estaba tan excitado que podía sentir las agujetas de mis zapatos.

Me dispuse a «tocarla» y a traspasar el límite. «La tortura de la esperanza», recordé. ¿De dónde venía esa frase? ¿La había dicho un ilustrado del siglo XVIII, un gurú, una galleta de la suerte, un comentarista deportivo?

En forma intangible, recorrí su cuerpo pulido por el ejercicio. Abrió un poco las piernas. Pude ver sus vellos erizados, los labios vaginales, el botón violáceo del ano.

En la pantalla, alguien gemía de dolor. Si hacía abstracción de la imagen, el sonido resultaba erótico. «Está loca», pensé. La escena cambió en la pantalla. La piel de Sandra se cubrió de sombras sanguinolentas. Tal vez en otro cuarto otra pareja hacía lo mismo. Tal vez hacíamos algo normal.

Acariciada por las imágenes y el espectro de mi dedo, Sandra respiró en forma rota. Su dicha era mi tortura.

Estaba a punto de interrumpir la falsa delicia de ese rito cuando sonó el teléfono.

–Contesta tú –dijo ella.

–¿Estás segura?

–Somos adultos, Antonio, puedes estar donde te dé la gana.

Tomé el auricular.

Era Mario Müller. Reconoció mi voz:

–¿Tony?

–¿Quieres hablar con Sandra?

–No, contigo.

¿Cómo supo que yo estaba ahí? Pensé en una cámara detrás del espejo. Un segundo bastó para precisar mi para-

noia: tal vez el canal de cirugías servía para vigilar a los huéspedes.

–Pasó algo –Mario habló en tono apremiante.

–¿Dónde estás?

–En el acuario.

Sandra se había incorporado y se ponía la bata.

–Es Mario –le dije–, me tengo que ir.

–La vida dura más que el placer –comentó con rutinaria sabiduría, como si recitara algo leído en una caja de cereal–. Llegarás pronto, es lo bueno de que no te hayas desvestido.

Una chica práctica, lo que menos quería.

Salí de prisa. En el pasillo sentí un mareo. El vodka subió a mi cabeza como una decepción adicional. Vi una maceta con palmas de abanico. La alcancé justo a tiempo para vomitar.

Me sentí mejor, no tanto por el alivio físico, sino por el gusto de arruinar las plantas.

Odí a Mario, mi mejor amigo de toda la vida, gerente de La Pirámide, capaz de sacarme del cuarto de Sandra para vomitar en un pasillo.

Con frecuencia, los peces del acuario parecían molestos. Nadaban en zigzag y chocaban con el cristal, una y otra vez. Entonces, yo desconectaba los sensores y apagaba las luces. En la oscuridad percibía los cuerpos blandos, desesperados, débiles, que trataban en vano de traspasar el vidrio.

Caminé hacia el resplandor de la gran pecera. Un tiburón martillo nadaba con parsimonia.

Cuatro bultos se recortaban contra el cristal azul turquesa. Sólo tres estaban de pie. Reconocí a Mario Müller, Lepoldo Támez (el jefe de seguridad) y al buzo Ceballos.